

JONATHAN LAMB

LA PREDICACIÓN
BÍBLICA
TRANSFORMADORA



SERIE RECURSOS LANGHAM PREDICACIÓN

JONATHAN LAMB

LA PREDICACIÓN
BÍBLICA
TRANSFORMADORA



Contenido

Prólogo a la edición en castellano	9
Prólogo	11
Prefacio	13
Introducción	17

Parte I

La Palabra de Dios y la esencia de la predicación

Preludio	27
Capítulo 1: La predicación bíblica debe centrarse en la Palabra de Dios .	31
Someternos a la Palabra de Dios	31
Cuatro prioridades	35
Encontrarse con el Señor de la Palabra	40
Capítulo 2: La predicación bíblica debe orar la Palabra de Dios	43
Células y congregaciones	45
Disciplinas que inspiran	46
Capítulo 3: La predicación bíblica debe entender la Palabra de Dios	57
Crecer en entendimiento	59

Parte II

El maestro y el trabajo de la predicación

Preludio	77
Capítulo 4: La predicación bíblica debe enfocar la mirada	81
Elegir un pasaje	84
La travesía del texto al sermón	84
Descubrir el corazón	86
Una palabra para hoy	88
La introducción y la conclusión	90
Capítulo 5: La predicación bíblica debe ser clara	93
Tres puntos sobre el esquema	93
Poner carne a los huesos	96
Comunicar con claridad	100
Capítulo 6: La predicación bíblica debe ser pertinente	103
La Palabra eficaz	104

La verdad que transforma	105
Sermones que logran conectarse	106
Predicadores que se sienten identificados	108
Predicar con fidelidad y pertinencia	111
Confiar el resultado a Dios	112
Capítulo 7: La predicación bíblica debe hacerse visible y real	115
Tres principios importantes	118

Parte III

La congregación y el propósito de la predicación

Preludio	127
Capítulo 8: La predicación bíblica debe incluir la congregación	131
La presencia de Dios con su pueblo	132
El regalo de Dios para su pueblo	134
El pueblo de Dios en acción	134
Capítulo 9: La predicación bíblica debe llevarse a la práctica	141
El propósito de la predicación	142
Involucrar a la congregación	144
Insistir en el mensaje	146
Capítulo 10: La predicación bíblica debe depender del Espíritu de Dios	149
El Espíritu y la Palabra	150
El Espíritu y el predicador	152
El Espíritu y el oyente	153
Capítulo 11: La predicación bíblica debe proclamar la gracia de Dios en Cristo	155
La historia central	156
La integridad del predicador y de la predicación	157
Predicar con el propósito de generar cambio	159
Apéndice 1	163
Apéndice 2	165
Apéndice 3	167
Apéndice 4	169
Apéndice 5	171
Apéndice 6	173
Apéndice 7	175
Bibliografía	177

*A los valientes predicadores del mundo mayoritario,
que han sido fuente de gran inspiración*

Prólogo a la edición en castellano

Este libro es un estudio bastante completo sobre la predicación. Hay que agradecer a Ediciones Puma que lo ponga ahora a disposición de los lectores en castellano. Jonathan Lamb es vastamente conocido como predicador en el mundo de habla inglesa, no sólo en su patria, el Reino Unido, sino también en Asia, África y Norteamérica. De hecho, ha dedicado esta obra a los lectores en el mundo de las mayorías, eso que en el pasado llamábamos Tercer Mundo, y si leemos con atención encontraremos varias referencias a lecciones sobre predicación que el autor ha ido aprendiendo en sus numerosos viajes.

En el mundo de habla inglesa el nombre Keswick evoca un lugar de reunión en Inglaterra donde se realizan encuentros anuales de predicación que luego se publican y que hoy son clásicos en la materia. Jonathan Lamb dirigió Keswick hasta el 2010. Por otra parte el famoso predicador John Stott, ampliamente conocido en el ámbito evangélico, creó la Fundación Langham con el objeto de promover y enriquecer la predicación evangélica de calidad teológica y homilética. Lamb ha trabajado luego en esa Fundación por sus reconocidos méritos.

Tuve el privilegio de conocer a Lamb cuando él era dirigente del movimiento estudiantil evangélico conocido como Inter Varsity Fellowship en Inglaterra. Guardo grata memoria de la calidad de sus intervenciones cuando estudiaba en Oxford. Tuvo luego responsabilidades pastorales y docentes en la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos, poniendo siempre énfasis en la buena predicación.

Lamb tiene lo que yo llamo «mentalidad homilética» que es una capacidad especial para leer la Biblia y visualizar de inmediato el bosquejo de una predicación o plática. Este libro con sus tres partes y sus once capítulos es una muestra de esa capacidad homilética. En la Introducción, Lamb ha incluido el texto de un pasaje clásico del libro de Nehemías (8.1-12) que le sirve como objeto de contemplación y luego de reflexión para ilustrar lo que la propia Biblia enseña acerca de la lectura del libro de Dios en el seno del pueblo de Dios.

Lamb une a su capacidad homilética una gran capacidad didáctica, y consigue trasmitirnos de manera convincente la importancia de prestar atención a toda la Biblia y no sólo a fragmentos de ella, nos ayuda a entender el uso de géneros literarios para penetrar mejor en el sentido del texto. En suma, al terminar una lectura atenta y estudio de esta obra los lectores habrán recibido valiosas lecciones de homilética, apreciarán más sus Biblias y estarán en condiciones de compartir la riqueza que han ido descubriendo. Felicitaciones y gracias a Ediciones Puma por haber publicado esta obra de Lamb.

Samuel Escobar
Valencia, abril de 2019

Prólogo

Una dimensión imprescindible, irremplazable e innegociable de la vocación y acción pastoral es la predicación. Cuando la comunidad de discípulos se reúne para el culto común, además de cantar como pueblo de Dios en misión y de crecer en compañerismo cristiano, espera con creciente expectativa el tiempo de la exposición bíblica, la predicación o la proclamación de la Palabra. La Palabra es el alimento espiritual que se espera, con creciente expectativa, para seguir peregrinando como discípulos en los distintos contextos humanos en los que cotidianamente se da testimonio de la presencia viva y transformadora del Dios de la Vida.

Precisamente, el libro *La predicación bíblica transformadora* escrito por Jonathan Lamb, apunta en esa dirección. Tomando como fundamento y punto de partida la experiencia de exposición pública de la Palabra de Dios relatada en Nehemías 8, y utilizando como soporte bíblico-teológico diversos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, Jonathan Lamb, teje un bello, novedoso y desafiante libro sobre la experiencia y la práctica de una predicación bíblica transformadora, atenta al contexto del texto bíblico y al contexto del lector y oyente contemporáneo.

Para el autor del libro, no se trata solamente de comprender, explicar y actualizar el mensaje bíblico, sino de lograr que la exposición de la Palabra tenga un efecto transformador de largo plazo que afecte visiblemente la vida privada y la vida pública de quienes escuchan el mensaje siempre vigente y contemporáneo de la buena noticia del reino de Dios. Con paciencia de artesano, Jonathan Lamb, moldea un libro sumamente útil, no solo para los expositores bíblicos, sino para todos los públicos interesados en conocer cómo transmitir el mensaje de la Palabra, dentro y fuera de la frontera religiosa, particularmente en la plaza pública, tan necesitada de un mensaje pertinente para sociedades humanas que sufren un preocupante y creciente proceso de descomposición social y política que amenaza la paz, la justicia, y la igualdad de oportunidades para todos.

Una predicación bíblica transformadora, fundamentaba en la exposición de la Palabra, es tan necesaria hoy, como lo fue en el tiempo de Nehemías. Trazar rectamente la Verdad requiere, como

Jonathan Lamb enfatiza una y otra vez a lo largo del libro, prepararse conscientemente. Para ello se requiere utilizar con destreza y creatividad todas las herramientas a disposición del expositor bíblico, para entregar un producto final —sustentado en la oración, el estudio, el conocimiento del contexto, así como las diversas necesidades humanas del público— que provoque una transformación que conduzca a un testimonio integral del creyente y de las iglesias en las realidades históricas en las que se encuentran como señal del reino del Dios de la vida.

¡Muchas gracias Jonathan Lamb por darnos un fruto maduro producto de un largo peregrinaje como misionero del Dios de la vida en la frontera misionera universitaria y en otros espacios de la vida humana! La lectura de este libro, así lo creo, ayudará al lector a predicar desde las honduras de la experiencia humana, para que otros caminantes o peregrinos de la vida se enamoren del Mesías Crucificado y Resucitado.

Darío A. López Rodríguez PhD
Lima, abril de 2019

Prefacio

¿De qué estamos hechos? ¿Cuál es el propósito de nuestras vidas? ¿Qué es lo que nos motiva, condiciona nuestras decisiones y determina nuestras prioridades? ¿Qué es verdaderamente lo más importante? La respuesta bíblica se encuentra en una hermosa oración, cuyo enfoque revela la preocupación de Pablo, no solamente por los cristianos de Éfeso, sino por todos los cristianos:

Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación, para que lo conozcan mejor. (Ef 1.17)

Ese es el propósito de la vida: conocer al Dios del universo, conocer al Dios que nos ha hecho y nos ha amado, conocerlo personalmente y conocerlo profundamente. Eso es lo que realmente importa. Y Pablo da inicio a la sección en Efesios 1 con la frase «Por eso yo...», porque anteriormente había agradecido a Dios por todas las bendiciones en Cristo que pertenecen a los que conocen a Dios. Estuvo orando para que puedan realmente entender estas bendiciones y permitan que estas verdades formen sus vidas.

Jesús también abordó este tema cuando citó al Antiguo Testamento. «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4.4). Él es nuestra vida, nuestra satisfacción y nuestro gozo. Todo lo demás es secundario. El profeta Jeremías denunció la necesidad de imaginarse que el propósito de la vida es confiar en el poder humano, las riquezas o el entendimiento. Proclamó la punzante Palabra de Dios: «Que no se gloríe el sabio de su sabiduría, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza. Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe de conocerme y de comprender que yo soy el Señor, que actúo en la tierra con amor, con derecho y justicia, pues es lo que a mí me agrada» (Jer 9.23-24).

A lo largo de los años he conocido a cristianos de distintos países y en diferentes esferas laborales quienes, luego de conocer al Dios vivo, fueron transformados por medio de la predicación. Recuerdo una conversación con un estudiante de fisioterapia que, al escuchar un sermón sobre la vida nueva en Cristo de 2 Corintios 5.17, pasó de ser un cristiano de nombre

a tener una fe profunda en Cristo, lo cual cambió su vida y su futuro. O un matrimonio que enfrentaba la enfermedad terminal de la esposa, y que gracias a un sermón sobre la doxología final de Habacuc, descubren que Jesús es todo lo que necesitan. O unos amigos, que ahora sirven a Dios en Tailandia, y que gracias al llamado de Cristo en los evangelios fueron remecidos de su indiferencia. O unos compañeros de trabajo, que sufrían unas de las tristezas inesperadas del ministerio cristiano, y que por medio de la predicación del canto del siervo en Isaías lograron ser consolados por Cristo. La predicación es importante, porque es la manera que Dios dispuso para encontrarnos con Cristo.

Este libro surgió inicialmente a partir de una conferencia dada en la Convención de Keswick en 2010,¹ y el libro original se publicó bajo la serie de la Fundación Keswick en colaboración con IVP. Nos sentimos ahora complacidos por poder modificar esta obra gracias a la invitación de Recursos Langham Predicación, con la esperanza de que pueda ser útil a pastores y predicadores de todo el mundo.

El libro busca abordar los fundamentos de la predicación, a partir de la historia que se relata en las memorias de Nehemías. Si bien ofrece información básica para predicadores, no es un libro técnico sobre homilética, sino una introducción a los elementos que dan forma a la predicación bíblica. Espero que sea útil tanto para el predicador como para el oyente. Dado que una de sus tres secciones principales trata sobre la congregación y la importancia de que el oyente preste atención mientras se predica la Palabra, tenemos la esperanza que los dirigentes de la iglesia y la congregación puedan leer esta obra, es decir, aquellos cuya convicción sostiene a la predicación en gran estima. En otras palabras, que la vida espiritual y la renovación a todos los niveles solamente sucede por medio de la proclamación de la Palabra de Dios y el poder del Espíritu Santo.

Estamos también conscientes de que gran parte de la explicación del contenido de la Biblia sucede fuera del púlpito: en células, eventos juveniles, estudios bíblicos individuales, reuniones de mujeres y en

1. La conferencia de Keswick se reprodujo como un capítulo del libro *Understanding and Using the Bible* (Londres: SPCK, 2009) de Christopher J. H. Wright y Jonathan Lamb, editores. Estoy agradecido a SPCK por autorizarme a reproducir algo del material de ese libro y, además, estoy agradecido a IVP por su apoyo en publicar la edición original de este libro, y permitirme hacerlo accesible para Recursos Langham Predicación.

muchos otros contextos. Así que, ya seas locutor u oyente, predicador o dirigente de grupos, esperamos que esta sencilla introducción a los elementos de la predicación fortalezca tu confianza en tu ministerio, y te ayude a experimentar la Palabra de tal modo que seas conducido a una fe más firme en Dios y a una devoción más grande por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Estoy en deuda con miles de predicadores en distintos continentes con los que he podido compartir gracias al trabajo de Langham Predicación, asociación que busca establecer movimientos locales de predicación que alienten y preparen a una nueva generación de predicadores bíblicos. He sido inspirado por su compromiso valiente hacia el Evangelio, su compromiso incondicional a la Palabra de Dios, y el sacrificio y entrega a sus iglesias. Dedico este pequeño libro a cada uno de ellos.

Estoy también agradecido por la constante generosidad de mi esposa, Margaret, quien continúa trabajando arduamente en el ministerio cristiano que compartimos. Y finalmente debo expresar mi agradecimiento especial a Catherine Nicholson por su corrección minuciosa de los textos bíblicos, y a Eleanor Trotter de IVP por su constante ánimo durante la edición de la versión original de este libro y a todos mis amigos de Literatura Langham por su ayuda en publicar una edición para los Recursos Langham Predicación.

Jonathan Lamb
Oxford, Reino Unido

Introducción

Una de las traducciones más antiguas de la Biblia en inglés es la *King James*. Hace algunos años, se celebraron sus cuatrocientos años, y los medios de comunicación presentaron varios reportajes acerca del impacto de esta notable traducción. Esto es lo que una persona famosa dijo: «No puedes apreciar la literatura inglesa a menos que estés hasta cierto punto familiarizado con la Biblia *King James*. Desconocer la Biblia *King James* es ser, de alguna manera, un bárbaro».

Aunque no lo creas, ese comentario positivo lo dijo el conocido ateo Richard Dawkins. Y hubo otros tantos halagos. La mayoría recalcó la influencia de esta traducción en el lenguaje y la cultura. Joan Bakewell afirmó que la versión King James es «una de las mejores obras literarias jamás escritas». Y si bien estas declaraciones fueron realmente ciertas, me pregunto qué habrían dicho Moisés o Jeremías o Pablo en respuesta a tales elogios. Alguien una vez sugirió que es como si se tomara el manuscrito original de Einstein sobre «la teoría de la relatividad» y se dijera, «¡que bella letra!»

Por supuesto, que hay mucho más en la Palabra de Dios que su legado literario, aunque este sea notable. Hace algunos años atrás, un hombre llamado J. B. Phillips estaba trabajando en una paráfrasis de la Biblia y explicó que la experiencia era similar a trabajar con la red eléctrica de una casa, pero con la electricidad aún encendida. Fue una experiencia extraordinaria: el libro estaba «vivo»; Era potente y vigorizante. Como lo dijo Martín Lutero, «La Biblia está viva, tiene manos y me agarra; tiene pies y corre detrás de mí».

La Biblia está repleta de descripciones dinámicas sobre sí misma. Jeremías dijo que la Palabra de Dios era como fuego en sus huesos o como un martillo que pulveriza la roca (Jer 20.9; 23.29). Pablo la describió como la espada del Espíritu (Ef 6.17). La idea se repite en Hebreos 4.12 «la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos...». Jesús dijo que la Palabra era como la semilla que produce una buena cosecha. Y también tenemos la intrigante historia en Lucas 24 de dos discípulos camino a Emaús después de la crucifixión de Jesús en Jerusalén. No reconocieron a Jesús, pero él deliberadamente eligió revelarse a partir de la Biblia: «Entonces, comenzando por Moisés y por

todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (v. 27). ¿Su respuesta? «¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32).

En otras palabras, mediante las Escrituras ellos encontraron al Cristo vivo. Esta es la razón por la cual nuestras iglesias están comprometidas a escuchar, entender y explicar la Palabra de Dios, y es por eso que los movimientos de Langham Predicación se enfocan constantemente en las Escrituras. Creemos que la Palabra de Dios tiene el mismo impacto dinámico el día de hoy. La predicación es importante. Cuando se predica la Biblia fielmente y de manera pertinente, transforma nuestro entendimiento y nuestras actitudes, desafía y reconfigura nuestras cosmovisiones y, más importante aún, nos conduce a una relación viva con Dios por medio de Cristo.

Recuerdo a una amiga que, por causa de las luchas que enfrentaba tratando de criar a un hijo con graves problemas de aprendizaje, descubrió que su fe cristiana tenía cada vez menos propósito. ¿Podría ella realmente confiar en Dios? ¿Esas invitaciones a vivir con esperanza eran sencillamente expresiones sentimentales nacidas de la ilusión? Sin embargo, pasados varios domingos, luego de haber escuchando sermones sobre la vida de Rut desde una perspectiva pastoral, ella me confesó que esta antigua historia, por la gracia de Dios, había transformado su perspectiva sobre su situación familiar y había restaurado su confianza en los buenos propósitos de Dios. Esto ocurre todo el tiempo y por todas partes del mundo.

La Biblia y la predicación

Esta es la convicción que existe detrás de cada predicación bíblica, y es por esta razón que la propia Biblia, la historia de la iglesia primitiva, la historia de los avivamientos, la formación de las sociedades bíblicas y la transformación de seres humanos, dan testimonio al hecho que la predicación es efectiva sólo cuando la Biblia es su centro.

Pero, puedo escuchar a alguien decir, «seguramente que todos los predicadores predicán a partir de la Biblia, ¿por qué has escrito un libro sobre un tema tan obvio?» Ciertamente se trata de una pregunta válida. El predicador en cualquier congregación, tradición y país probablemente reconoce que su tarea es explicar la Biblia. Conocemos la intensidad del

mandamiento neotestamentario de «predicar la Palabra» y, cuando nos reunimos en nuestros cultos, damos por sentado que después de que el pasaje bíblico se haya leído, el predicador se para frente a la congregación, abre la Biblia, con la intención de proclamar la Palabra de nuestro Señor. Seguro que cada predicador hace esto, ¿verdad?

Lamentablemente no sucede así. Hablé recientemente con un pastor que me comentó que en su país, los pastores y predicadores escriben su sermón y luego buscan pasajes bíblicos para ilustrarlo. Cada vez que cuento esta historia escucho risas avergonzadas, ese pastor seguramente no está solo. Muy a menudo, la Biblia no establece la agenda; es simplemente la música de fondo. En muchos países, la predicación temática (que con frecuencia se basa vagamente en una serie de referencias bíblicas) es lo más común. El peligro con esta clase de predicación es que no permite que la Biblia se exprese, y fácilmente puede sustituir el poder de la Palabra por un conjunto de anécdotas entrelazadas por algún tema que esté de moda. De verdad hay una epidemia de lo que podríamos llamar «predicación light». Esta clase de predicación no tiene poder transformador, porque le falta autoridad bíblica. A menudo he hablado con amigos que, luego de haber escuchado a un conferencista vivaz, pueden describir sus historias entretenidas, pero lamentan no haber escuchado la Palabra del Señor. Las historias memorables y convincentes son vitales para la predicación, pero si se oculta, margina o ignora la Palabra de Dios en las Escrituras, nada cambiará y nada durará.

Así que esta es la proposición clave: La única clase de predicación verdadera es la predicación bíblica. Y por predicación bíblica nos referimos a una predicación que coloca a la Biblia en su centro, y expone así su poder y fortaleza. En casi toda situación, quisiera incluso tomar un paso más y afirmar que: la predicación bíblica es una predicación que expone un pasaje bíblico. Claro que existe un lugar importante dentro de la dieta de la iglesia para la predicación temática, pero también esta clase de predicación se desarrolla de mejor manera a partir de una explicación cuidadosa de un pasaje principal, acompañado por otros pasajes bíblicos. Este libro argumenta que predicar a partir de un pasaje bíblico es la manera más efectiva de proclamar la Palabra de Dios.

La predicación y el crecimiento espiritual

Es de suma importancia la predicación en cuyo centro se encuentra la Biblia. Hace muchos años atrás, el teólogo anglicano Jim Packer, al referirse a la importancia de la Biblia, inició su sermón hablando sobre los árboles secuoya del norte de California. Estos maravillosos árboles están cuidadosamente cercados porque, aunque son enormes, tienen raíces poco profundas, por lo que, a medida que más visitantes caminan alrededor de ellos, el suelo se afloja en torno a sus raíces, colocando a los árboles en una situación muy vulnerable. De hecho, no se necesitaría mucho viento para derrumbarlos. Packer comentó que, aunque hay muchas señales de crecimiento en la iglesia evangélica, existe también una inconfundible superficialidad. Y la razón fundamental, sugirió, es la incertidumbre y confusión con respecto a la naturaleza y uso de la Biblia. Lamentablemente, si hay incertidumbre aquí, puedes esperar incertidumbre en todos lados. Es una paradoja alarmante que, al mismo tiempo que tengamos la Biblia disponible en tantas versiones y formatos, guarde también un silencio impresionante en tantas áreas de la vida de la iglesia.

Hay menos dedicación a la lectura personal de la Biblia, menos tiempo a la lectura de las Escrituras en los hogares y los cultos religiosos, e incluso se margina a la Biblia en la predicación. Todo esto indefectiblemente tiene serias consecuencias. Si la obligación de la iglesia es mantenerse firme contra viento y marea, si los discípulos cristianos deben madurar en la fe, entonces sus raíces deben nutrirse profundamente de la Palabra de Dios. Como Jim Packer lo expresara: «La iglesia debe vivir por la Palabra de Dios como su alimento vital y que esa misma Palabra sea su estrella guía. Sin la predicación, no es concebible que esto se logre ver o realizar».¹ Así que la primera tarea del ministerio pastoral es asegurarse que el ministerio de la Palabra (que incluye predicar, pero es más que esto) sea el palpitar de la vida y el trabajo de la iglesia.

1. J. I. Packer, 'Why Preach?' en *Honouring the Written Word of God: Collected Shorter Writings of J. I. Packer*, ed. J. I. Packer (Carlisle: Paternoster Press, 1999), 260.

La predicación y la congregación

Por tanto, una de las convicciones de este libro es que la predicación es un acontecimiento de la comunidad y que requiere que la congregación tome parte activa. Es importante para todos nosotros, porque es la manera en que la iglesia como comunidad se encuentra con el Dios vivo. Tenemos que encontrar maneras de integrar a nuestros cultos la Palabra que se predica, así como también hacer que esta Palabra sea el centro de nuestros grupos de estudio, utilizarla en el asesoramiento pastoral, proclamarla en el evangelismo y vivirla como ejemplo en nuestra propia vida y familia. A propósito, en varios capítulos de este libro me he enfocado en la participación de la congregación. Por ejemplo, el capítulo 1 aborda la necesidad de asegurarse que la Palabra juegue un papel central, los capítulos 2 y 3 tratan el llamado a orar y a estudiar las Escrituras, y los capítulos 6, 7 y 9 lo hacen en torno a la importancia de su aplicación y, en especial, las distintas formas en que las congregaciones pueden desempeñar su papel en la predicación, que se describen en el capítulo 8.

Veremos varios temas que surgen de una historia dramática, donde la Palabra de Dios tuvo un impacto dinámico en su pueblo durante un momento crítico de su historia. Esta historia quedó registrada en las memorias de Nehemías y, en particular, nos enfocaremos en Nehemías 8.1-12. Usaremos este pasaje como base y, entonces, la estructura del libro seguirá tres elementos dinámicos principales:

- La Palabra de Dios y la esencia de la predicación
- El maestro y el trabajo de la predicación
- La congregación y el propósito de la predicación

Exploraremos cada uno de estos temas a partir de la experiencia del pueblo de Dios en Jerusalén, cuando el maestro Esdras los dirigió hacia un encuentro transformador con el Dios viviente.

Mientras lees los siguientes capítulos, te pido que mantengas a la mano Nehemías 8.1-12 en tu Biblia, en tu móvil o recurriendo a marcapáginas. Y, primeramente, mientras lees este capítulo, hazte la siguiente pregunta: ¿Cuales son los elementos de esta historia que demuestran lo que sucede cuando se abre y proclama la Biblia de la forma adecuada?

Nehemías 8.1-12 (NVI)

Entonces todo el pueblo, como un solo hombre, se reunió en la plaza que está frente a la puerta del Agua y le pidió al maestro Esdras traer el libro de la ley que el Señor le había dado a Israel por medio de Moisés. Así que el día primero del mes séptimo, el sacerdote Esdras llevó la ley ante la asamblea, que estaba compuesta de hombres y mujeres y de todos los que podían comprender la lectura, 3 y la leyó en presencia de ellos desde el alba hasta el mediodía en la plaza que está frente a la puerta del Agua. Todo el pueblo estaba muy atento a la lectura del libro de la ley.

El maestro Esdras se puso de pie sobre una plataforma de madera construida para la ocasión. A su derecha estaban Matatías, Semá, Anías, Urías, Jilquías y Maseías; a su izquierda, Pedaías, Misael, Malquías, Jasún, Jasadana, Zacarías y Mesulán. Esdras, a quien la gente podía ver porque él estaba en un lugar más alto, abrió el libro y todo el pueblo se puso de pie. Entonces Esdras bendijo al Señor, el gran Dios. Y todo el pueblo, levantando las manos, respondió: «¡Amén y amén!» Luego adoraron al Señor, inclinándose hasta tocar el suelo con la frente.

Los levitas Jesúa, Baní, Serebías, Jamín, Acub, Sabetay, Hodías, Maseías, Quelitá, Azarías, Jozabed, Janán y Pelaías le explicaban la ley al pueblo, que no se movía de su sitio. Ellos leían con claridad el libro de la ley de Dios y lo interpretaban de modo que se comprendiera su lectura.

Al oír las palabras de la ley, la gente comenzó a llorar. Por eso el gobernador Nehemías, el sacerdote y maestro Esdras y los levitas que enseñaban al pueblo les dijeron: «No lloren ni se pongan tristes, porque este día ha sido consagrado al Señor su Dios».

Luego Nehemías añadió: «Ya pueden irse. Coman bien, tomen bebidas dulces y compartan su comida con quienes no tengan nada, porque este día ha sido consagrado a nuestro Señor. No estén tristes, pues el gozo del Señor es nuestra fortaleza».

También los levitas tranquilizaban a todo el pueblo. Les decían: «¡Tranquilos! ¡No estén tristes, que este es un día santo!»

Así que todo el pueblo se fue a comer y beber y compartir su comida, felices de haber comprendido lo que se les había enseñado.

Parte I

*La Palabra de Dios
y la esencia de
la predicación*

Preludio

Me encanta la iniciativa de obsequiar copias de los Evangelios a estudiantes universitarios no cristianos alrededor del mundo. Una vez me describieron esta labor como si se colocaran pequeños explosivos que cambian radicalmente los corazones y las mentes de los estudiantes. Me encanta encontrar una Biblia de los gedeones en mi cuarto de hotel y me acuerdo de las historias de vidas que fueron transformadas al abrir las páginas de la Biblia y encontrarse con el Dios viviente. Ya sea en momentos de felicidad o tristeza, en tiempos difíciles o de incertidumbre, me encanta leer las Escrituras y descubrir que mi vida se redirige hacia una historia distinta, hacia otra lectura de la realidad. Me encanta cuando me reúno con una congregación, ya sea grande o pequeña, y juntos nos adentramos en la presencia de Dios mientras se proclama la Biblia, nuestro discipulado recibe nuevos retos, nuestra alabanza se renueva y nuestras vidas espirituales reciben aliento. La Palabra de Dios es dinámica, transforma los corazones y las mentes, logrando así restaurar vidas rotas, renovar las iglesias e incluso a comunidades enteras.

¿Puedes imaginarte el estado de ánimo de los que se reunieron en el centro de Jerusalén aquel día? Luego de haber podido finalmente regresar a casa tras haber estado muchos años deportados en una tierra pagana, anhelaban la restauración, no solamente la reconstrucción de los muros derribados de la ciudad, sino también la restauración de sus familias y de su propia nación. Nehemías 8 nos presenta un encuentro extraordinario, cuando el pueblo de Dios da inicio a su camino de renovación.

La historia en el capítulo 8, ubicada a la mitad de las memorias de Nehemías, nos señala que, al haber finalizado la reconstrucción de los muros de Jerusalén, el verdadero cimiento de la comunidad restaurada será la Palabra de Dios. Nehemías sabía cuán estratégico sería esto, así que se aseguró de que Esdras, el maestro erudito, pase a primer plano.

El texto posee dos características que demuestran que Esdras y Nehemías creían que la Palabra era el cimiento de todo lo demás que estaba por venir: el carácter central y la autoridad de la Palabra.

El carácter central de la Palabra

Para el pueblo de Dios, el séptimo mes era uno donde se celebraba una gran fiesta religiosa, y lo primero que hicieron fue pedir la lectura de las Escrituras. Era el deseo del pueblo que se leyera la ley: «Entonces todo el pueblo, como un solo hombre, se reunió en la plaza que está frente a la puerta del Agua y le pidió al maestro Esdras traer el libro de la ley que el Señor le había dado a Israel por medio de Moisés» (vv. 1-2). Y la ley cautivó la atención de todos: «Todo el pueblo estaba muy atento a la lectura del libro de la ley» (v. 3); y el versículo 13: «Al día siguiente, los jefes de familia, junto con los sacerdotes y los levitas, se reunieron con el maestro Esdras para estudiar los términos de la ley».

Este libro mantuvo su lugar central hasta finales de aquel mes. «Y asumieron así su responsabilidad. Durante tres horas leyeron el libro de la ley del Señor su Dios, y en las tres horas siguientes le confesaron sus pecados y lo adoraron» (Neh 9.3). La Palabra de Dios representaba los estatutos de fundación, la nueva constitución del pueblo de Dios. Esta Palabra definió la identidad del pueblo y fue ubicada en el mismísimo centro de su programa de restauración, al cual Esdras y Nehemías los invocaban. Para una nación que buscaba su identidad y formaba su programa de restauración, la Palabra de Dios era muy importante. Hay incluso algo simbólico en el hecho que no fue leída en el templo, sino en la ciudad: «y la leyó en presencia de ellos desde el alba hasta el mediodía en la plaza que está frente a la puerta del Agua» (v. 3).

Lo mismo es cierto para la predicación hoy en día. Nuestra tarea no consiste en pararnos frente al texto bíblico, sino detrás de este, y asegurarnos que sea el texto el que hable. En demasiadas ocasiones, pareciera que a la Biblia se la coloca en la periferia en lugar de ocupar el centro de atención. Y también, cuando el predicador intenta ser pertinente, el texto se convierte en la plataforma de lanzamiento desde la cual el resto del sermón despega. Entonces, uno de los desafíos que enfrentamos en nuestras iglesias alrededor del mundo es este: ¿cómo restauramos el lugar dinámico de la Biblia? Y la razón por la cual esto es primordial está vinculada a un segundo aspecto de la Palabra de Dios, que nuevamente veremos en Nehemías 8.

La autoridad de la Palabra

Aquí simplemente mencionamos el énfasis del versículo 1: «Entonces todo el pueblo, como un solo hombre, se reunió en la plaza que está frente a la puerta del Agua y le pidió al maestro Esdras traer el libro de la ley que el Señor le había dado a Israel por medio de Moisés». Se reconoce en varias ocasiones que el pasaje proviene de autor humano: la lectura provino de los libros de Moisés. Pero se enfatiza su autoridad divina: la ley que proviene de Dios. La ley era «instrucción» de parte de Dios mismo. Sin este sentido de autoridad divina, sería simplemente una cuestión de veneración de un libro. Hay una magnífica explicación de esto en el Nuevo Testamento, cuando Pablo describe la manera en que los creyentes recibieron el Evangelio: «Así que no dejamos de dar gracias a Dios, porque al oír ustedes la palabra de Dios que les predicamos, la aceptaron no como palabra humana, sino como lo que realmente es, palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes» (1Ts 2.13).

Hay varias conclusiones acerca de la Biblia que pueden inferirse a partir de la afirmación de Pablo:

Su autoridad: es la Palabra «de Dios». Se trata de una afirmación enfática según la manera en que Pablo lo escribe. El mensaje de los apóstoles posee autoridad porque se origina en Dios mismo.

Su poder: «la cual actúa en ustedes los creyentes». Es poderosa porque precisamente es la Palabra de Dios. Nunca debemos separar la Palabra escrita y el Dios viviente que habla esa Palabra. Por el Espíritu de Dios, es poderosa, da vida y la transforma. Sigue operando en los que siguen creyendo.

Su recepción: Pablo agradece a Dios porque los creyentes de Tesalónica «la aceptaron» como la Palabra de Dios. Usa dos palabras en el versículo 13: al «oír» la Palabra, y luego la «aceptaron». La Palabra se convirtió en parte de ellos mismos y siguió operando en sus vidas.

Su impacto: Pablo ya ha descrito los efectos de la Palabra de Dios en Tesalonicenses 1.9, y la manera en que dejaron «los ídolos

para servir al Dios vivo y verdadero». De manera similar, Pablo describe el impacto de la Palabra en el versículo 8: «Partiendo de ustedes, el mensaje del Señor se ha proclamado no solo en Macedonia y en Acaya, sino en todo lugar; a tal punto se ha divulgado su fe en Dios que ya no es necesario que nosotros digamos nada».

Tenemos un excelente ejemplo del poder transformador de la Palabra de Dios, que opera en los tesalonicenses de la misma manera que lo hizo con el pueblo de Dios que estuvo parado en la plaza de Jerusalén en los días de Nehemías. La Palabra de Dios no consiste sencillamente de enunciados distantes y fríos, sino que es una Palabra dinámica que por el poder del Espíritu de Dios nos hace cambiar de rumbo para servir a Dios y da forma a la manera en la que debemos vivir.

¿Qué lecciones podemos sacar sobre la predicación bíblica para hoy en día? Voy a resaltar tres principios en los siguientes capítulos: La predicación bíblica debe centrarse en la Palabra de Dios, debe orar la Palabra de Dios y debe entender la Palabra de Dios.

Capítulo 1

La predicación bíblica debe centrarse en la Palabra de Dios

El autor y predicador mundial John Stott, una vez comentó que «el secreto de la predicación no es tanto dominar ciertas técnicas, sino ser dominado por ciertas convicciones». Y no hay una convicción más importante por la que debemos estar dominados que esta: la Palabra de Dios tiene poder y autoridad porque es la revelación de Dios para todos los pueblos, culturas y generaciones. Tal como hemos visto a partir del relato de Nehemías, las Escrituras provienen de Dios, «que el Señor le había dado a Israel» (Neh 8.1), y debe por tanto establecer la agenda para toda predicación. Nuestra labor consiste en asegurarnos que las Escrituras jueguen un papel central, en esforzarnos por entender su significado y propósito, y en dedicar nuestras energías a proclamar su verdad.

Someternos a la Palabra de Dios

1. Autoridad

En algunas culturas, se le da autoridad al predicador porque tiene las credenciales teológicas adecuadas. O tal vez, tiene el título eclesiástico o rango correcto. O a veces pensamos que su autoridad proviene de la indumentaria que lleva o por el púlpito elevado desde donde predica.

Pero no es así. La autoridad proviene de una fuente primaria. Cuando entendemos lo que el Nuevo Testamento dice acerca de la predicación, un asunto queda claro: predicar no es anunciar nuestras propias palabras desde nuestra propia autoridad, sino proclamar la Palabra de Dios con su autoridad. Hace muchos años, Edmund Clowney resaltó cuatro palabras que nos ayudan a entender la naturaleza de la predicación.¹

1. Edmund P. Clowney, *Preaching and Biblical Theology* (Grand Rapids: Eerdmans, 1961), 54–59.

El grupo de palabras más común significa proclamar en calidad de heraldo. Predicar es proclamar el mensaje que nos ha sido dado con la autoridad de Dios y que él mismo nos ha enviado a proclamarlo. El mensajero no genera el mensaje, pero Dios sí. La segunda palabra se relaciona con anunciar las buenas nuevas. No se la utiliza exclusivamente en la tarea de evangelizar, aunque la incluye. De nuevo, son las buenas nuevas de Dios, no las nuestras. El tercer grupo de palabras se relaciona con testificar de los hechos. Y el cuarto grupo, que comúnmente se traduce como «instruir», significa dar a conocer los hechos tal como Dios los ha revelado. Lo importante que debemos notar no solo es el hecho que estas palabras por lo general aparecen juntas (lo cual significa que la predicación contiene todos estos elementos y no debería limitarse a un solo significado), sino que el énfasis recae en la noción de «dar a conocer» el mensaje. Nuestra obligación es proclamar la Palabra de Dios.

Además, si analizamos las instrucciones de Pablo a Timoteo, veremos cuán insistente fue en explicar que la tarea pastoral debería involucrar la proclamación y lectura de la Palabra de manera fiel, urgente y constante (1Ti 4.11-16; 2Ti 4.1-5). «Predica la Palabra» o «proclama el mensaje» (2Ti 4.2). Aquí, Pablo enfatiza la función del heraldo que proclama lo que Dios nos ha relevado en las Escrituras. Y los verbos adicionales: «corrige, reprende y anima», indican que esta tarea tiene un propósito: exponemos la Palabra de Dios para dar lugar al cambio (como veremos en los capítulos 8-10).

El párrafo anterior de Pablo subraya esto, enfatizando por qué debemos confiar en las Escrituras y exponerlas fielmente (2Ti 3.14-17). Las Escrituras tienen autoridad porque han sido inspiradas por Dios (v. 16), y por lo tanto son la única fuente de revelación con respecto a la necesidad más grande de la humanidad: «darte la sabiduría necesaria para la salvación» (v. 15). Entonces, la tarea de la predicación es abrir estas Escrituras con el propósito de «enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia» (v. 16). Por lo tanto, Pablo enfatiza el punto: nuestra tarea es proclamar la Biblia. Nada más nos beneficiará, puesto que nada más revela los propósitos de Dios, y nada más tiene tal poder transformador. De este modo, el pasaje bíblico establece la autoridad del predicador. La autoridad del acto de predicar no se debe por la fama o el carisma del predicador, ni por sus estudios académicos o habilidades de oratoria.

El gran predicador Campbell Morgan lo dijo claramente: «Mi sermón no tiene autoridad en sí mismo, excepto como una interpretación o una exposición o una ilustración de una verdad que está en el texto bíblico. El texto lo es todo. De eso se trata la autoridad».

2. Integridad

Como bien lo ha descrito David Day, la mayoría de los predicadores están acostumbrados a leer un pasaje bíblico «con el fin de conseguir la primera lección predicable que aparezca».² El texto, en otras palabras, nos ofrece un pretexto. Es una excusa para predicar sobre un tema importante para nosotros, que por suerte, aparece en un pasaje bíblico. Pero esto es utilizar la Biblia como un perchero para colgar nuestros propios pensamientos. Si los predicadores hacen esto, no manejan la Biblia con integridad. No permiten que la Biblia hable. Pero como hemos visto con Nehemías, la Palabra debe ser el centro. David Day nos exhorta a «predicar desde el pasaje, el pasaje completo y nada más que el pasaje».³ Esta es la tarea central del predicador, si realmente cree en la autoridad de la Biblia y la autoridad de Dios que nos habla en ella.

El apóstol Pablo se enfocaba en asegurarse que su ministerio se centre en la Palabra de Dios. Sabemos, por su segunda epístola a los Corintios, que los falsos maestros de Corinto lo criticaban por una serie de cuestiones, por ejemplo, su aparente falta de habilidades retóricas. En su defensa, esbozó un llamado para todos los predicadores de la Palabra: «Hemos renunciado a todo lo vergonzoso que se hace a escondidas; no actuamos con engaño ni torcemos la palabra de Dios. Al contrario, mediante la clara exposición de la verdad, nos recomendamos a toda conciencia humana en la presencia de Dios» (2Co 4.2).

Pablo destaca su determinación por ser fiel al mensaje y menciona una prioridad clave: no debemos distorsionar la Palabra de Dios, sino presentar su verdad de manera sencilla. Exponer significa presentar algo para que sea visto, una revelación plena de la verdad. Es lo opuesto al engaño. Es «mostrar lo que tienes en la mano». Es como el mago en un circo que se remanga para mostrar que no está ocultando nada. Pablo insiste que no estamos ocultando nada, sino que proclamamos fielmente

2. David Day, *A Preaching Workbook* (Londres: SPCK, 1998), 18.

3. *Ibid.* 21.

todo el consejo de Dios. Y esta es la fuerza del versículo 2: no cambiamos el mensaje para complacer a nuestros corazones, sino que exponemos la verdad. No adornamos la verdad para ganar popularidad, sino que expresamos el mensaje claramente. No guardamos el mensaje para un grupo selecto que podrá iniciarse hacia niveles más altos de experiencia espiritual, sino que nos encomendamos a la conciencia de todos.

Solo unos versículos más adelante, Pablo describe las características de este ministerio: «A diferencia de muchos, nosotros no somos de los que trafican con la palabra de Dios. Más bien, hablamos con sinceridad delante de él en Cristo, como enviados de Dios que somos» (2.17). Los falsos maestros trataron de ganar conversos por medio del engaño. Es posible que estos predicadores se hayan parecido a los grupos ocultistas de aquellos días, vendedores que comercializaban un producto religioso nuevo y misterioso. Algunos comentaristas creen que este grupo criticaba la manera en la que Pablo hablaba tan abiertamente sobre el evangelio; ellos preferían que la verdad se mantuviera envuelta en misterio. Y obviamente, así podían cobrar grandes sumas si las personas realmente querían descubrir esa verdad esotérica. Quizá eran como esos vendedores ambulantes que vendían vino mezclado con agua. Eran culpables de adulterar el producto, el mensaje, pero sin el menor remordimiento, porque solo les interesaba ganar dinero.

Más adelante, Pablo nos ofrece información acerca de su preocupación por la predicación defectuosa en Corinto. Usaban un lenguaje similar, pero se trataba, como lo dijo Pablo, de otro Jesús, un espíritu diferente, un evangelio diferente (2Co 11.3-4). No estamos seguros de lo que esto pudo haber representado: quizá era un evangelio que enfatizaba la fuerza, no la debilidad; un mensaje que prometía triunfo, no sufrimiento; un evangelio que ostentaba gloria, no la cruz. Pero lo que realmente importaba para Pablo, y para todos los que han sido llamados a predicar la Palabra, es el compromiso con una declaración fiel, clara y abierta de la verdad.

Nos hemos enfocado en este pasaje, porque nos explica de una manera muy útil a qué nos referimos con la exposición de la Biblia, o con la predicación expositiva. Es simplemente hacer que la Palabra de Dios sea clara y simple, sacar a luz lo que está ahí. A veces se caricaturiza a la exposición bíblica como un comentario sinfín de un largo pasaje bíblico. Como, por ejemplo, decir que la predicación del libro de Levítico

toma cuatro años. O tal vez pensamos que es un estilo cultural particular que siempre debe tener tres puntos unidos por «una ingeniosa serie de palabras que riman».⁴ Pero la exposición, según su definición más sencilla, es abrir un pasaje bíblico para poder exponer su fuerza y poder. Es por eso que John Stott a menudo subrayó que toda predicación cristiana es expositiva: «entendemos la predicación básicamente como... una exposición de la Palabra de Dios... según su sentido más amplio, nos abre el texto bíblico».⁵ «En la predicación expositiva, el texto bíblico no es una introducción convencional a un sermón sobre un tema mayormente distinto, ni un cómodo perchero donde colgamos una mezcla de diversos pensamientos, sino un maestro que dicta y controla lo que decimos».⁶ Permítanme sugerir cuatro prioridades:

Cuatro prioridades

- 1) Tenemos la *convicción* de que las Escrituras son la Palabra de Dios, y que poseen autoridad y poder. Todo tipo de predicación debe centrarse en la Palabra de Dios si se quiere demostrar que cumple eficazmente los propósitos de Dios.
- 2) Nuestro *interés* es que, dado que la Biblia es la Palabra de Dios, su voz debe escucharse. De hecho, estamos convencidos de que no hay nada más importante que esto para la vida de un cristiano y para la iglesia local. Pedro es lo suficientemente audaz para señalar que: «El que habla, hágalo como quien expresa las palabras mismas de Dios» (1P 4.11). A pesar de las debilidades humanas tanto del hablante como del oyente, Dios ha elegido revelarse a sí mismo y sus propósitos por medio de la predicación fiel de las Escrituras. Como lo enfatizaré en el siguiente capítulo, antes que los predicadores pronuncien sus sermones, deben escuchar cuidadosamente la voz de Dios. En uno de sus sermones sobre Efesios, Juan Calvino dijo:

Es cierto que si vamos a la iglesia no escucharemos

4. J. I. Packer, *God Has Spoken* (Londres: Hodder & Stoughton, 1979), 10.

5. J. R. W. Stott, 'The Paradoxes of Preaching', en *Preach the Word! The Call and Challenge of Preaching Today*, ed. Greg Haslam (Lancaster: Sovereign World, 2006), 43-44.

6. J. R. W. Stott, *I Believe in Preaching* (Londres: Hodder & Stoughton, 1982), 126.

solamente a un mortal, sino que sentiremos... que Dios habla a nuestras almas, que él es el maestro. Él nos enseña mediante la voz humana que entra en nosotros y nos beneficia tanto que nos sentimos renovados y alimentados por ella. Dios nos convoca como si tuviera la boca abierta y lo viéramos allí en persona.⁷

- 3) Nuestra *actitud* debe estar sometida a la Palabra de Dios, comprometida por sobre todo a permitir que la Biblia hable. En ese sentido, la exposición bíblica es más que un método, es una forma de pensar: nuestra actitud es de sumisión a la Palabra, asegurándonos que lo que estamos a punto de predicar fluya directamente de la revelación divina. Y nuestra prioridad, si somos predicadores, es proclamar la Palabra de una manera clara y sencilla.
- 4) Nuestro *enfoque* nos garantizará que toda predicación debe tomar su contexto, contenido, forma y propósito a partir del pasaje bíblico. En los siguientes capítulos nos enfocaremos en cómo poder lograrlo, pero cualquier clase de predicación que no explique claramente lo que la Biblia dice, lo que Dios está diciendo, no es predicación bíblica. El palpitar de nuestro sermón debe ser el palpitar del pasaje bíblico. El pasaje define el mensaje y da forma a lo que hay que decir. Esto es muy distinto al ejemplo que una vez Haddon Robinson compartió acerca de algunos predicadores que simplemente salpiqueen sus sermones con pasajes bíblicos.⁸

No me estoy refiriendo a un estilo particular de predicación como tal. Como lo he insinuado anteriormente, la exposición bíblica no es un enfoque cultural específico, con comentarios detallados versículo por versículo, argumentos lineales y tres puntos bien definidos. Eso

7. Juan Calvino citado en Philip Ryken, *Preach the Word* (Wheaton: Crossway, 2007), 202.

8. Haddon Robinson, 'The Relevance of Expository Preaching', en *Preaching to a Shifting Culture*, ed. Scott M. Gibson (Grand Rapids: Baker Books, 2004), 80.

puede que funcione bien en algunos contextos, pero cada predicador tiene una personalidad única, un contexto cultural y una manera de comunicarse. El compromiso central es universal: deseamos exponer la fuerza y el poder de la Palabra de Dios. Al final de tu predicación (si eres un predicador), sin importar tu estilo cultural, la pregunta más importante es: ¿ha escuchado la congregación el mensaje del texto bíblico y ha comprendido su significado? Ya hemos enfatizado cuán básico e importante es predicar desde un pasaje bíblico, pero es útil en la vida de la iglesia hablar a veces sobre algún tema en particular, entonces tendremos que utilizar más que un pasaje bíblico. Pero incluso entonces, es recomendable anclar el sermón en un pasaje importante, lo cual permite a los oyentes enfocarse con claridad, y los ayuda a entender que no estamos predicando nuestras propias opiniones sobre el tema, sino que estamos descubriendo lo que Dios dice al respecto.

3. *Humildad*

Estar convencido de la autoridad y el carácter central de la Palabra también dará forma al enfoque y la motivación del predicador respecto a la tarea de predicar. Ya hemos visto en 2 Corintios 4 que a Pablo le interesa hablar la Palabra con fidelidad y claridad, y mantenerla en el centro de atención. En el mismo capítulo, asegura a los corintios que él no se dedica al ministerio cristiano con el propósito de impresionar a las multitudes, construir su propia base de poder o alimentar su propio ego.

Pablo lo expresó con la franqueza que lo caracterizaba: «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor; nosotros no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús» (2Co 4.5).

A medida que la globalización se arraigaba a finales del siglo veinte, algunos comentaristas cristianos sugirieron que, al menos en algunas partes del mundo occidental, la iglesia empezó a desarrollar una actitud consumista. Se describía este fenómeno como una mentalidad de «McIglesia», que forzaba a dirigentes cristianos y pastores a comercializarse a sí mismos y a su iglesia con una actitud casi competitiva. También sugirieron que las congregaciones comenzaron a elegir sermones de la misma manera en que elegían restaurantes de comida rápida. Hoy, McDonald's, mañana, Burger King.

En los días de Pablo había ciertamente un problema con el culto a la personalidad y la presión hacia el espectáculo. Pablo utiliza las palabras

de sus críticos en 2 Corintios 10.10: «Sus cartas son duras y fuertes, pero él en persona no impresiona a nadie, y como orador es un fracaso». Y en el siguiente capítulo, él admite, «Quizás yo sea un mal orador» (11.16). Sus rivales en Corinto estaban claramente muy preocupados por la imagen que proyectaban, su elocuencia y sus habilidades retóricas. Y Pablo no tenía miedo de confrontar aquello directamente: «No nos predicamos a nosotros mismos» (4.5). No estamos proyectando nuestro carisma, ni tratando de edificar nuestra propia fuente de autoridad. Pablo dijo esto claramente en su primera carta: «Yo mismo, hermanos, cuando fui a anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con gran elocuencia y sabiduría. Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de este crucificado» (1Co 2.1-2).

En el capítulo 11, nos enfocaremos directamente en el llamado de predicar a Cristo. El punto a subrayar aquí es, si las Escrituras ocupan

La explicación esmerada de un pasaje bíblico no solamente tiene la intención de proveer comida, sino que también sirve para demostrar cómo cocinar.

el lugar central, la predicación no se enfocará en nosotros. Pablo deseaba que nada impidiera la predicación del Evangelio. Lo que realmente importaba era que se predicara con autoridad. En estos tiempos que vivimos, donde la gente está consciente de los medios de comunicación, no nos debe sorprender que nuestras iglesias se conviertan en teatros, donde el espectáculo es más importante que el contenido, donde

rendimos honor a nuestros «héroes» evangélicos y exaltamos sus ministerios. Cristo y su Palabra deben ser el centro de atención.

4. Comunidad

Uno de los beneficios más importantes de la exposición bíblica es que anima a la congregación a enfocarse en el pasaje bíblico, a explorar y comprender su significado, y a verificar lo que el predicador está diciendo a partir de lo que ellos mismos están leyendo. La predicación, como veremos en el capítulo 8, es un evento de la comunidad. El interés del predicador es compartir la Biblia con la congregación, no simplemente emitir sus propias conclusiones, sino animar a cada persona a encontrarse con la Palabra de Dios, y con el Dios de la Palabra. La explicación

esmerada de un pasaje bíblico no solamente tiene la intención de proveer comida, sino que también sirve para demostrar cómo cocinar, para que así cada cristiano pueda descubrir maneras en las cuales un pasaje bíblico puede ser comprendido. Tomemos en cuenta el buen ejemplo de los de Berea, que «recibieron el mensaje con toda avidez y todos los días examinaban las Escrituras para ver si era verdad lo que se les anunciaba» (Hch 17.11).

Es muy valioso para la congregación si la iglesia se compromete a predicar libros completos de la Biblia, y los analiza consecutivamente mediante pasajes selectos. Christopher Ash comparte una serie de razones por las que ese tipo de ministerio de predicación es beneficioso. Se logra que la iglesia escuche todo el consejo de Dios y reciba una dieta variada; quiere decir que los predicadores abordan la Biblia con integridad cuando predicán pasajes en su contexto y, por lo tanto, muestran a los cristianos un buen modelo para su propia lectura bíblica.⁹

Podemos también asegurarnos que la Biblia juegue un papel central en la vida de nuestra iglesia si tomamos seriamente los consejos de Pablo a Timoteo: «En tanto que llego, dedícate a la lectura pública de las Escrituras, y a enseñar y animar a los hermanos» (1Ti 4.13). La pérdida del carácter central de la Palabra en las iglesias se manifiesta de muchas maneras, incluyendo cuando se la margina por no leerla en público, y también en el tiempo cada vez menor que se dedica a su enseñanza. Se estima que la duración promedio de los sermones en las iglesias del Reino Unido ha bajado a quince minutos, lo que llevó a un periodista a comentar irónicamente que «este es un tributo notable al poder de la oración intercesora» (es decir, ¡la oración por sermones más cortos!). Las congregaciones deben asumir su responsabilidad de asegurarse que la Palabra ocupe el lugar central: en su lectura pública cada vez que la iglesia se reúne, en enfoques adecuados y creativos para las actividades de los niños, en la vida familiar y en la práctica de disciplinas espirituales personales. La alentadora guía de Deuteronomio 6 todavía es válida: «Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcalas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes» (Dt 6.6-7).

9. Christopher Ash, *The Priority of Preaching* (Fearn, Escocia: Christian Focus, 2009), 107-122.

Encontrarse con el Señor de la Palabra

Cuando el pueblo se reunió en Jerusalén y se leyeron las Escrituras (Neh 8.1-2), no solamente escucharon las palabras de la ley, sino que se encontraron con Dios que les hablaba. El dramático encuentro en el camino a Emaús, que vimos en la introducción, comunica el mismo punto. Luego de haber conocido a Cristo mediante las páginas del Antiguo Testamento, los discípulos declararon: «¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24.32). Aunque parezca asombroso, la misma experiencia es posible hoy, cuando la Palabra de Dios se comparte fielmente en nuestras congregaciones. De hecho, ¿no debería ser esa nuestra oración y expectativa? ¿No deberíamos anhelar tener corazones ardientes mientras nos encontramos con el Dios vivo?

Encuestas recientes entre congregaciones en mi país muestran que la gran mayoría de los creyentes vienen a la iglesia con grandes expectativas, anhelando escuchar la Palabra del Señor y encontrarse con el Señor de la Palabra. Pero a menudo, sabemos que esta esperanza no se hace realidad. Greg Haslam cuenta la historia de un amerindio que visitó una gran iglesia estadounidense para escuchar a un pastor. «El pastor predicó por unos cuarenta minutos a una congregación de cinco o seis mil personas, mientras el piel roja¹⁰ permanecía inexpresivo, con sus brazos cruzados, escuchando con mucha atención. Después, su anfitrión le preguntó: “Bueno, ¿qué te pareció?” El indio se detuvo por un momento antes de decir: “Gran viento. Fuerte trueno. No hay fuego”». Greg Haslam usa la anécdota en torno a su preocupación por el estado espiritual de nuestras iglesias y la urgente necesidad de encontrarse con Dios mediante el poder de la Palabra y el Espíritu.¹¹

Predicar la Palabra ciertamente opera en un nivel horizontal, del predicador a la congregación, con el propósito de lograr la mutua edificación. Pero aprenderemos de Nehemías 8 que el propósito de compartir la Palabra es encontrarse con el Dios viviente. En Jerusalén

10. N. del E.: En contraste con el término «piel roja» (que es despectivo), en español ya existe el término «amerindio» para las poblaciones originarias del continente americano, aunque en años recientes se ha empezado a usar el ambiguo término inglés *Native American* (nativo americano).

11. Greg Haslam, ed., *Preach the Word! The Call and Challenge of Preaching Today* (Lancaster: Sovereign World, 2006), 250.

aquel día, los congregados elevaron sus manos en señal de adoración e inclinaron el rostro confesándose. Todos los ministerios de la Palabra, incluyendo la predicación, deberían hacer nacer en nosotros un entendimiento más profundo y una experiencia de Dios por medio de Cristo. La predicación debería ser el evento en el que Dios se acerca a nosotros, está presente y nos habla. Tal como aquel día extraordinario en Jerusalén, cuando compartimos la Biblia en nuestras iglesias y escuchamos la Palabra proclamada, realmente podemos encontrarnos con el Dios vivo.

Para la reflexión personal y estudio en grupo

Los primeros dirigentes cristianos sabían que incluso el ministerio cristiano legítimo puede distraer a uno del ministerio de la Palabra y la oración (Hch 6.1-4).

- ¿Cuáles son las cosas que pueden desplazar a la Biblia de su lugar central dentro de tu vida e iglesia?
- ¿Cómo podemos asegurarnos que la Biblia ocupe un lugar central en la vida de la iglesia?
- ¿Cómo podemos ayudar a las congregaciones a que entiendan la historia completa de la Biblia?
- ¿Cómo puede el tomar conciencia de la autoridad de las Escrituras cambiar nuestra actitud ante la tarea de la predicación?

El propósito de la vida es conocer al Dios del universo, conocer al Dios que nos ha hecho y nos ama, conocerlo personal y profundamente. Eso es lo que realmente importa en nuestra vida. La predicación bíblica logra este objetivo al explicar la Palabra de Dios y en la medida en que los predicadores, como portavoces de Dios, nos presentan al Cristo vivo de las Escrituras.

El autor aborda en este libro los fundamentos de la predicación, nos ofrece una introducción a la tarea de predicar bíblicamente y nos ilustra el poder transformador de la Palabra de Dios enfocando nuestra atención en el corazón, la tarea y el propósito de la predicación. El libro contiene, pues, excelentes recursos para estudios bíblicos, preparación de sermones y para grupos de formación de predicadores. Muy útil tanto para pastores y líderes de las iglesias como para los miembros de ellas, quienes comparten la convicción de la centralidad de la exposición bíblica dado que la vida espiritual y su permanente renovación, solo puede llevarse a cabo a partir de la proclamación de la Palabra de Dios, empoderada por el Espíritu Santo.

*¡Un excelente libro sobre la predicación bíblica de un maestro en su área! Jonathan Lamb es conocido por sus reflexivas e inspiradoras exposiciones bíblicas. Este libro nos introduce a la espiritualidad, la visión y la práctica que forman la base de su ministerio. Con ilustraciones, ejemplos bien pensados y herramientas prácticas, **La predicación bíblica transformadora**, desafiará y ayudará a predicadores y a congregaciones por igual.*

***John Risbridger**, presidente de Keswick Ministries,
Ministro de la iglesia Above Bar, Southampton, Reino Unido*

Un libro directo, ameno y maravillosamente completo. Jonathan Lamb no solamente es un predicador muy talentoso, sino que también ha leído bastante sobre el tema y sabe aderezar sus enseñanzas con citas adecuadas. Uno podría pensar que él escribió para aquellos que están en sus primeros días como predicadores, pero hablando como alguien que ha recorrido muchas millas por ese camino, recibí ayuda en cada página y encontré que el libro de Jonathan es un recordatorio potente y saludable de los principios básicos y esenciales de la predicación.

***Alec Motyer**, autor y expositor bíblico*



Jonathan Lamb teólogo inglés, destacado maestro de la Biblia y conferencista internacional. Es director ejecutivo de Keswick Ministries (Reino Unido), fue director de Langham Predicación por 11 años, desempeñó cargos de liderazgo en la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE). Él y su esposa Margaret viven en Oxford, tienen tres hijas y tres nietos. Autor de varios libros.



ISBN 978-612-4252-29-7



9 786124 252297

RELIGIÓN-PREDICACIÓN